

MÉXICO EN SUS CENTENARIOS HISTÓRICOS, TIEMPO DE REMEMORAR E IMAGINAR  
EL FUTURO EN NUESTRAS LETRAS<sup>1</sup>

Hace poco más de un lustro, México celebró el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución. Lejos del fasto y de los fuegos de artificio que la clase política suele desplegar en ocasiones históricas como ésta, y de la verbena popular que se queda a la vera del camino de la racionalización de los hitos “celebrados” (más bien conmemorados); en la vida académica, existe la responsabilidad de replantear los cuestionamientos fundamentales en el devenir de un pueblo y poner en tela de juicio aquello que la élite pregona con bombo y platillo y que la ciudadanía parece reservar al espacio de la festividad vacía. Con este objeto de reflexión y análisis, el Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, en coedición con Ediciones del Lirio, ha publicado *Espacios de la rememoración: Independencia y Revolución Mexicanas en la literatura*. Esta afortunada obra colectiva fue coordinada por tres de las académicas más destacadas en el área de Literatura: las doctoras Rocío Antúnez Olivera, Ana Rosa Domenella Amadio y Mayuli Morales Faedo.

Con notable acierto, se eligió como portada para este libro el fragmento más significativo del fresco *La abolición de la esclavitud (o La liberación de los esclavos)* de José Chávez Morado, obra plástica de 1955, que resguarda el Museo Regional de la Alhóndiga de Granaditas, en la ciudad de Guanajuato. El egregio pintor de Silao representa en su mural a un colosal y vehemente Padre de la Patria que sostiene y cobija sobre sus brazos hercúleos a un grupo de esclavos indígenas, manumitidos por el decreto inderogable de su sentido del honor y de la justicia.

En la introducción, las coordinadoras hacen hincapié en los espacios metafóricos y de rememoración, propuestos por autoras teóricas como Ute Seydel y Aleida Assman, en los que la “comunidad imaginaria” trasciende la entidad territorial limitada por el Estado-nación. Asimismo, recuperan el concepto —propuesto por Roland Barthes— de la *mathesis*, fuerza literaria que funge como síntesis de numerosos saberes que, condensados, transgreden aún las pretensiones objetivas y omniscientes de la historiografía.

<sup>1</sup> Rocío Antúnez Olivera, Ana Rosa Domenella Amadio y Mayuli Morales Faedo (coords.) (2016), *Espacios de la rememoración: Independencia y Revolución Mexicanas en la literatura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa/Ediciones del Lirio.

*Espacios de la rememoración...* está dividido en tres partes: la primera de ellas se titula “Héroes y caudillos en la ficción”. Aquí las coordinadoras —y coautoras del estudio introductorio— agrupan algunas novelas históricas que siguen un discurso imaginario que violenta las versiones oficiales de los hechos, impuestas por el poder. La segunda, “Resignificaciones de la historia desde el ensayo”, imprime a este género literario la facultad que poseen los relatos de ser interpretados —tanto de manera oficial como libérrima— asignándole una nueva veta analítica que aporta al cauce inextinguible de la nacionalidad. La tercera, “Márgenes de lo histórico”, proyecta los bienes simbólicos, los objetos culturales y los personajes derivados de éstos como entidades morales a merced de una crítica lo más imparcial posible.

La doctora Ana Rosa Domenella inicia el debate con un ensayo sobre *Los pasos de López* de Jorge Ibarguengoitia, figura del dramaturgo frustrado que se peca de que sólo en la narrativa es dueño y señor de sus personajes y su universo diegético. Sus facultades únicas para verter el acíbar de su visión del mundo fueron aplicadas con más notable éxito en el acto de transfigurar la historia nacional y su panteón heroico, ofreciendo con ello una perspectiva desencantada, pero sobre todo crítica y deliciosamente burlesca. Perión (Hidalgo) —como el Trujillo de *La fiesta del Chivo*— tiene como insignia de líder latinoamericano de carne y hueso, un carisma seductor, una aguda inteligencia y el desprecio por el dinero, dejando a un lado lo siniestro del dictador caribeño. En la mera nomenclatura de los hechos históricos es perceptible un procedimiento de desacralización de la gesta independentista; la mítica madrugada en el pueblo de Dolores es llamada por el irreverente autor “El Grito de Ajetreo”. Profanación de la historia de bronce, propuesta e incitación a la rebeldía, este trabajo invita a desentrañar —en un acto subversivo y libertario— el significado profundo de los sucesos fundacionales. Acaso la doctora Domenella sugiere, con su brillante ensayo, que la sátira del autor *cuevanense* no es iconoclasta de la historia nacional, sino sólo crítica de la naturaleza humana —desprovista de la solemnidad de los túmulos—, y desee dejar en evidencia a la historia oficial como justificadora espuria de un presente pleno de injusticia social y demagogia.

Osmar Sánchez, en su estudio sobre *Los relámpagos de agosto* y *Las memorias de Blas Pavón*, de Jorge Ibarguengoitia y José Fuentes Mares respectivamente, enfatiza el concepto de “comunidad imaginaria” sobre el cual las naciones cimientan el edificio colectivo de su pasado, presente y futuro. La interpretación de las fuentes documentales y testimoniales debe ser codificada en un texto que constituirá sólo una versión literaria de los hechos y personajes de la historia. Advierte el artificio narrativo por el cual el general Arroyo, protagonista de *Los relámpagos...* —al negar su condición de escritor— establece un pacto de veracidad con el lector, superior al de verosimilitud que persigue un autor literario,

estructurando el propio relato y destacando el juego irónico por el cual un supuesto militar austero deja una narración hiperbólica en el afán de legitimar sus actos. Por otra parte, Fuentes Mares pone en ejecución el cervantino artificio de encarnar en el incisivo personaje de Blas Pavón un Cide Hamete, que deja en el vetusto legajo de sus memorias un testimonio de la debacle estéril que significó para él la lucha por la Independencia y la Reforma. La escritura del siglo XIX es retórica de la ilusión y del autoengaño. La incipiente historiografía —al igual que la literatura— es fundacional y desea legitimar el proceso de Independencia; es así en la pluma de autores señeros como José María Luis Mora o Lucas Alamán. En contraposición, para este oscuro y rancio novohispano, la República es lo mismo que el Virreinato, pero peor, la injusticia y el atraso ahora inmersos en el caos y la pobreza. Blas Pavón, cual Pito Pérez ilustrado, “que de casado fue cornudo...”, hace la triste aportación a la causa libertaria de permitir que su esposa huyera con un oficial del ejército Trigarante. Asimismo, la Patria —loca y descocada— acaba prostituyendo y desvirtuando el destino de todas las causas, entregándose al primer seductor que la requiere de amores. Ambas novelas ponen de manifiesto los prosaicos resultados de luchas que tenían como propósito su inscripción en el firmamento.

La doctora Marina Martínez Andrade analiza con gran lucidez *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán y su adaptación cinematográfica de 1960 por Julio Bracho. Ambas, la publicación de la novela y la exhibición de la película, representaron actos subversivos provistos de un cuestionamiento profundo al sistema político mexicano y su historia de venalidad, violencia y traición. La novela, publicada en un principio por entregas entre 1928 y 1929, pone de manifiesto el presidencialismo, práctica en que “la voluntad de un solo hombre suplanta la función de las instituciones”, dejando al desnudo el caudillismo, ejercido por un autócrata de horca y cuchillo que encarna los intereses de un grupo tiránico. He ahí las voces de Carlos Salinas: “Ni los veo ni los oigo...”, de Fidel Velázquez: “Nosotros entramos aquí a balazos y nomás a balazos nos van a sacar...”, o de Mario Vargas Llosa: “México es la dictadura perfecta”. Todas estas lamentables y lapidarias sentencias dan cuenta del patrimonialismo de quienes toman el poder por asalto o lo reciben de oscuras fuerzas, ocultas detrás de intereses mezquinos y adversos a la auténtica democracia.

Alejandra Sánchez escribe sobre *Ficciones de la Revolución Mexicana* de Ignacio Solares. Al fundar sus asertos en las teorías de Kurt Spang, la autora nos recuerda que la historiografía es sólo una versión textual, inmersa en un infinito de posibilidades interpretativas de hechos y documentos, con el fin de someter al dominio de la racionalidad el maremagno de la historia. En la vida de un individuo existe, ante las consecuencias nocivas de sus actos, el permanente cuestionamiento del “hubiera”. En la obra que es materia de este

ensayo, Solares da cabida en la clepsidra del tiempo a las arenas de un desierto de duda y soslayo. Desvía la mirada hacia la inmolación estéril de Pino Suárez, quien cometió el error de abrazar el sueño tóxico de Madero. Pone en la mira a un “apóstol de la democracia” que en su ineptitud y cobardía lamenta “haber soltado al tigre” siendo incapaz de domarlo, de haberse valido en su fallida empresa de fuerzas humanas legítimas a las que traicionó y decepcionó, de haber ejecutado el incesante “quítate tú para ponerme yo” de la política mexicana, y justificar todo ello en aras de entelequias ultraterrenales. Solares parece proponer que, si la propia realidad y el presente son ambiguos y relativos, si el recuerdo es una síntesis de sus apariciones sucesivas en la mente humana, entonces ¿por qué no ensayar algunas posibilidades viables del devenir, si todos estos serían relatos de la imaginación? La ensayista pone de relieve también, desde la ficción comparativa de Solares puesta en labios de Federico Gamboa, los rasgos de similitud entre los festejos de 1910 y los de 2010. En ambos se halla la capital de la República como enclave de la civilización, como fachada de un México de mampostería, en contraste con el auténtico rostro de la nación: famélico, desaseado, ignorante, violento, ruinoso.

Socorro Merlín coteja los alcances estéticos de dos obras de teatro sobre la figura del Caudillo del Sur. En su trabajo percibe a la historia como domesticadora de un pasado conflictivo, complejo y más generador de dudas que de certezas. En este aserto propone la necesidad de los Estados nacionales de sustentar una historia oficial, ya que sin ésta, la débil cohesión social resultaría inexistente. La historia vive permanentemente en lo cotidiano, es capital simbólico del individuo y de la colectividad. Jesús Sotelo Inclán y Humberto Castellanos, autores de *Emiliano Zapata, el fénix del Sur*, imprimen al caudillo en su drama una visión mesiánica, como Quetzalcóatl que vuelve del Oriente, como Moisés a quien es vedado entrar junto con su pueblo en la Tierra Prometida. Su mirada es solemne y celosa del *deber ser*, y del significado profundo del heroísmo del patriarca. Dejan de lado a Emiliano Zapata el hombre, el ser humano con vicios y virtudes, flaquezas y facultades superiores. Por su parte, Luz María Robles y Miriam Aymami, con la comedia *De lo perdido lo que aparezca: la tierra*, llevan a cabo una farsa con un referente de actualidad: el fraude electoral de 1988 que abre paso al Salinato. Aquí los héroes encarnan alegorías carnavalescas, y la aparición del cometa Halley en 1910 representa la naturaleza cósmica como gran igualadora, la infinitud astronómica por encima de la tragicomedia humana. Las dramaturgas enmarcan la lucha zapatista en un cronotopo compartido entre pasado y presente que implica sincronía entre tiempo histórico y cotidianidad. Este juego jocoserio que se asemeja a la festividad de Día de Muertos trivializa el pasado broncíneo, dándole el tono de la farsa política contemporánea. Para las dramaturgas la figura de Zapata sólo se erige como el contexto, el trasfondo y

el lugar común de la cultura nacional, para fungir como escenario del sentido lúdico y trascendente en su comedia de la redención popular.

Luis Rodríguez realiza una interesante revisión de *El laberinto de la soledad*, a lo largo de sus adendas, con el objeto de poner de relieve las nuevas reflexiones históricas e ideológicas que van motivando en el pensamiento de Octavio Paz, una evolución que da cuenta de su madurez como ensayista y de las modificaciones que se registran en su forma de percibir la historia del poder en México. En 1950 Paz mira la Reforma como la consumación de la Independencia, mientras que nueve años más tarde añade la influencia de la Ilustración en la casta criolla, que enmascara su afán de dominio bajo el disfraz de los principios libertarios, retrasando la auténtica búsqueda de la autonomía política y de la equidad jurídica hasta los años de la gesta de Juárez. En sus notas de 1986 el poeta pone énfasis en la abstracción que implicaba el espíritu de esta última, tan lejano de la realidad atávica de los individuos menores de edad a quienes pretendía transformar en ciudadanos. Asimismo, modifica su calificación del Porfiriato como régimen feudal hacia su matiz de centralismo y despotismo ilustrado, destacando el fracaso del positivismo como doctrina del progreso social. De igual forma, sanciona a la Revolución como revuelta popular carente de ideología previa, a la reforma agraria como una falacia inoperante para el campesinado mexicano, dependiente de la burocracia y del corporativismo. En 1993, como testamento de un hombre de letras galardonado por el exterior y mimado por el Estado, nos deja su apoyo al neoliberalismo y su crítica virulenta a las nocivas doctrinas del *Welfare State*.

Rocío Antúnez y Edmundo Martínez, en su puntual y minucioso trabajo sobre *Memoria del fuego* de Eduardo Galeano, ofrecen la visión del fundamental ensayista uruguayo sobre la Revolución Mexicana. *Memoria del fuego* atisba la historia de Latinoamérica, hecha de eternos antagonistas en una línea diacrónica, la de los opresores y los oprimidos. Los crímenes de la historia oficial son esgrimidos en la justificación de sus privilegios por los vencedores, en la imposición de su mentira como memoria colectiva, contra lo que Galeano propone la visión *contrahistórica*. Esta obra del montevideano constituye un paneo de la historia de América Latina cuyo cronotopo es complejo y volátil, y fluctúa entre los siglos y los territorios coloniales o nacionales. Abre la serie de la Revolución con los Flores Magón en la frontera norte y Díaz visitando las haciendas henequeneras de Yucatán en 1908. Concluye con la postrera visión del caudillo suriano en Chinameca; es decir, fluye de la realidad prosaica hacia el mito poético. Antúnez y Martínez destacan con acierto el texto “1910. El centenario y el amor”, en éste el dictador Díaz es visto como el gran proxeneta de la nación mexicana, cuyo régimen regula el comercio carnal en una doble moralidad que es metáfora de la patria vendida, así como su ciudad capital es alcahueta que

oculta detrás del fasto del Centenario las llagas purulentas de la miseria y la desigualdad. El entretreído de voces y relatos de *Memoria del fuego* entabla, en la perspectiva de sus lúcidos analistas, un diálogo permanente entre tiempos y espacios en sincronía semántica.

Leticia Romero escribe sobre una figura literaria femenina fundamental para el siglo XIX mexicano, Laura Méndez de Cuenca. La gran cronista y mujer de empresa fue vehemente detractora de los papeles pasivos tradicionales de la mujer en la sociedad mexicana, y deseó que la Revolución la reivindicara como a uno más de sus marginados acreedores. Vio en Carranza una figura de la estatura de Díaz, capaz de reinstaurar la civilización y la legalidad perdidas a manos de la revuelta popular. En el poema “Bienvenida”, que dedica al jurista coahuilense, lo llama “ovario de la raza libre”, aludiendo a la fecundidad femenina que había de traer a la sociedad, y plasmando aquí su visión reaccionaria y maniquea de la Revolución.

Leticia Mora expone un exhaustivo perfil de la feminidad decimonónica en el paradigma cultural del “ángel del hogar”. Detentadora de la honra familiar, guardiana del santuario doméstico en contra de los agentes hostiles del espacio público, educadora de los hijos e inculcadora de los preceptos morales de la decencia, objeto suntuario y purificador del alma de su marido, ser desvalido y delicado que requería la protección viril, postrada y virtuosa, certeza única en el caos del México independiente, ejemplo de estoicismo y resignación para los concupiscentes y para las ansiosas de medrar socialmente, la mujer mexicana de clase media y alta, durante la centuria decimonona es representada como un ser etéreo y angelical cuya evanescencia jamás podría haber sido materializada, con la que soñó el varón liberal para concretar su dominio patriarcal.

Marcela García ensaya una aproximación para definir, o al menos caracterizar, lo que constituyó el criollismo en México en la primera mitad del siglo XX. Ramón López Velarde “corta a la epopeya un gajo” y habla en “La suave patria” de un terruño íntimo, lejano del discurso oficialista de “la carreta alegórica de paja”. José Vasconcelos pugna por una cultura hispánica, distante del falso folclorismo posrevolucionario y de la inminente invasión sajona. José Revueltas busca lo mexicano en el mito primigenio, en el origen de la violencia y en “los motivos de Caín”. Enrique Fernández Ledesma, en su particular tendencia criolla, idealiza el porte señorial de la urbe novohispana. Al igual que el poeta de Jerez, edifica el idilio de una tierra natal que es sinécdoque de la América española, una ensoñación tan indispensable al poeta como lo es la epopeya a la nación.

Freja Cervantes, en su vasto y acucioso estudio sobre la colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica, demuestra que la Revolución mexicana fue —por sobre todo— una utopía de redención popular. Más que la realidad de un movimiento espurio o de un reacomodo social violento, más que un río revuelto a ganancia de sus impostores,

la Revolución es esperanza colectiva, cohesión en el anhelo colectivo de un futuro decoroso. Daniel Cosío Villegas, en su incansable lucha por el desarrollo editorial y la difusión cultural en México, tuvo la firme convicción de que la muerte y desolación de la guerra civil no habían sido en vano; en su vuelo, estas *furias* habían sembrado la semilla de la dignidad en un pueblo ávido de progreso material y espiritual. Aunque hacia el fin de su obra intelectual, debió sufrir el advenimiento de los gobiernos de administradores y negociantes del patrimonio nacional, de la cacareada “modernidad alemanista”, con su estirpe de mercaderes en el poder.

Adriana González Mateos cierra el ciclo con un fragmento de su trabajo biográfico sobre Esperanza López Mateos. A partir de la visión de las figuras femeninas posteriores a la Revolución se percibe su papel fundamental en la transformación de la sociedad. El feminismo es también una revolución, acaso de dimensiones mayores que la revuelta social de los marginados. La imagen de una *flapper* cuyos intereses se hallan en la lucha social y humanitaria así como en el deporte, lejos de ejercer la seducción de una *femme fatale*, resulta más inquietante para el dominio patriarcal y, desde luego, de consecuencias más notables en el devenir humano.

La lectura de *Espacios de la rememoración* plantea una experiencia académica y estética que nos lleva a reformular la perspectiva sobre nuestra historia, su discusión y problematización en nuestras letras. Los centenarios históricos de 2010 y la oportunidad espiritual que implicaba su conmemoración, significaron una ocasión idónea para cuestionar la mexicanidad y sus potencialidades dialécticas. Para concluir, acaso sea oportuno recuperar un ideal soñado por Eduardo Galeano para las naciones de América Latina: “que el presente deje de ser una dolorosa expiación del pasado y [para nuestra juventud,] que quisiera imaginar el futuro en vez de aceptarlo”.<sup>2</sup>

FRANCISCO MERCADO NOYOLA  
ORCID.ORG/0000-0001-5994-141X  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS  
francisco.mercadon@gmail.com

D. R. © Francisco Mercado Noyola, Ciudad de México, enero-junio, 2017.

<sup>2</sup> Eduardo Galeano, “Apuntes sobre *Memoria del fuego*”, *La Jornada Semanal*, Nueva Época, 1 de julio de 1990, núm. 55, p. 20.